XXVIII CERTAMEN DE RELATO CORTO FRIDA KAHLO DE RIVAS

Entrega exprés en la ciudad del futuro

Tomé el periódico, como todas las mañanas, para leerlo relajada en el baño. *Prensa Libre* mostraba en primera plana al hombre que me había retenido en el taxi. Diecisiete cargos por violación y una lista de delitos que ya no pude seguir leyendo cuando me acordé de sus manos intentando escarbar bajo mi blusa.

En la foto, lo llevaban esposado dos oficiales de la DEIC. La noticia aún está disponible en la edición digital, por si no me creés, Peter, que ya sé de qué mal padecen ustedes, los extranjeros que nunca han vivido en una ciudad como esta. Es más, abajo de la publicación, hay una lista de comentarios de usuarios ofreciéndose para violarlo de vuelta, ahí podés dejar el tuyo, si te apetece, una vez hayás escuchado la historia y leído la noticia.

Fue a inicios de diciembre. Había ido a la Landívar para entregar la papelería requerida por mi beca. Si hay un lugar vacío en esta ciudad, Peter, es la universidad cada fin de semestre. Dos cosas podés escuchar entonces, el chiflón soplando y los ruegos de los repitentes en la capilla, proponiéndole excéntricos tratos a Cristo; según ellos, para recibir el milagro de evitarse repetir los cursos rodeados de criaturas cada vez más jóvenes y lampiñas.

«*Mija*, puedo regresar por vos hasta después de almuerzo», me había dicho mi mamá, desde antes de salir de la casa. Como tenía que esperar unas tres o cuatro horas al terminar los trámites con la unidad de asistencia financiera, había pensado abrir una cuenta en el banco de la universidad, no por tener dinero que guardar, que no tenía, sino para dar otro paso hacia la adultez. Llevaba un recibo de luz con nuestra dirección, pasaporte y mis ahorros (ochocientos cincuenta quetzales reunidos a lo largo de un año de visitas de la abuela, y un billete de veinte dólares, que planeaba sacar una vez lograra abrir la cuenta).

Firmada la extensión de la beca, me dirigí al banco. La ceiba del patio central parecía hecha de piedra, como inmersa en un sueño, arrullada por el viento helado y anestesiante. Roncaba en sincronía con los bloques de concreto en los que recibíamos los cursos de humanidades, obligatorios para todas las carreras, de los que tanto renegábamos los estudiantes de ingeniería.

Cuando intenté abrir la puerta de vidrio, y vi, a pesar del reflejo, el único escritorio de la agencia vacío, caí en cuenta de que no solo las aulas estaban cerradas, también

el banco. Tendría que esperar a mi mamá en el campus desierto, entre el murmullo perenne de los cedros, los aguacatillos, y los arbustos, cuyas hojas percutían como la lluvia y exaltaban el silencio, el frío y la soledad.

Habré soportado la espera unos cinco minutos. Salí huyendo a buscar un taxi que me llevara a la casa. No porque tuviera algo importante que hacer, pero al menos le cambiaría la escenografía a la nada.

Iba por el Boulevard Landívar, en una de esas banquetas quizá diseñadas para recorrerlas saltando en un pie. Los carros pasaban a mi lado, muy cerca, casi sacándole chispas a mi arete izquierdo. Del lado opuesto de la calle paró un taxi, justo frente al semáforo de la gasolinera. El taxista bajó el vidrio, sacó la mano y, como preguntándome ¿qué se te ofrece?, giró la muñeca y dejó la palma hacia arriba.

Crucé la calle corriendo y me metí en el asiento trasero. El semáforo pronto daría verde.

—¿A dónde te dirigís?

El taxista comía patatas de una cubeta y se las bajaba con leche. La palanca de velocidades y el freno de mano brillaban por la grasa que les había impregnado con los dedos. La tapicería del auto olía a sudor, como si el tipo se hubiera frotado un trapo por todo el cuerpo para humedecerlo antes de limpiar los asientos.

—Al centro comercial Metronorte —le dije. Nunca dejaba que los taxistas conocieran mi dirección. El final del camino lo hacía a pie.

—Entendido —contestó. Y emprendió marcha.

Como era calvo, cuando movía el cuello, las lonjas detrás de su cabeza se contorsionaban como si tuvieran vida propia. Si esas lonjas me estaban advirtiendo de un peligro inminente, no supe leer el símbolo que habían formado los pliegues.

Detuvo el carro en la siguiente luz roja, como probablemente manda la ley de tránsito, jamás leída por ningún conductor en esta ciudad.

—¿Me paso el semáforo en rojo? —me preguntó.

—Señor…, usted es el conductor —le dije algo extrañada.

Me buscó la mirada en el retrovisor.

—Mirá, respecto a eso, tengo que comunicarte algo —dijo. Hurgó debajo de su asiento.

La mano emergió sosteniendo un bulto cubierto por un mugroso trapo celeste.

Ahí mismo sentí todos los órganos del cuerpo rejuntándoseme en la parte baja del vientre. No sé si conocés ese gesto, Peter, muy guatemalteco, de juntar los cinco dedos de la mano, formando una pequeña flor que se abre y se cierra. Así, mirá. Solo que esta flor, en realidad, no es una flor, sino el culito. Ahí por donde se le escapa a uno el miedo.

—¿Sí, señor…? —le dije.

La siguiente línea o la tenía ensayada, o su capacidad de improvisación bien le habría conseguido un papel en el teatro.

—La verdad es que no soy conductor de taxis —dijo, de lo más tranquilo—. Y hoy tú me vas a hacer un favor.

Entonces desenvolvió del trapo una pistola y comenzó a limpiarla con movimientos lentos, de arriba hacia abajo, de abajo hacia arriba, como si la estuviera masturbando.

Si no preguntaba cuál era el favor, de todos modos, el taxista se iba a contestar. Pero pregunté para asegurarme de que aún podía hablar.

—Atrás, en el baúl —contestó—, hay un paquete. Te voy a mandar con unos compañeros, compañeros de trabajo. Ellos te van a llevar fuera de la ciudad, a un predio. Ahí vas a tener que entregarlo. Yo te voy a dar instrucciones de a quién y de cómo. Después, si querés y si lo hacés bien, te puedo llevar a tu casa.

—¿Te parece? —preguntó.

Evitaba con todas mis fuerzas ver el retrovisor.

—Me parece… —contesté. Aunque tal vez ni contesté.

En un pestañazo, ya íbamos por Vista Hermosa. A lo lejos divisé un afiche de la municipalidad, impreso en su característico verde fluorescente:

BIENVENIDOS A LA CIUDAD DEL FUTURO

Te lo digo, Peter, aunque en ese momento iba arralada, también iba muy atenta, craneando un plan de escape. Pensaba a una velocidad que ya quisiera haber tenido durante mis exámenes finales. ¿Será que saco el teléfono a escondidas y le mando un mensaje a mi mamá? o, ¿tal vez, a una amiga? Pero no tenía idea de hacia dónde íbamos, ni quería envergar al taxista. Luego, se vinieron de golpe un montón de escenas

de las películas de acción que veía mi mamá; ella es más de galanes de cine que de galanes de telenovelas. Tom Cruise en una persecución de motos en Abu Dabi, Liam Neeson en Estambul baleando a los maleantes que habían secuestrado a la hija, y de último, me acordé de la película más estúpida de todas, *El transportador.* Así lo voy a hacer, pensé. Abro la puerta del carro y me tiro a la carretera. Ruedo algunas revoluciones, me levanto intacta, y echo a correr. Todo de golpe. O, al menos, ese era el plan.

Desde el asiento trasero, tenía plena vista de los espejos del taxi. Debía asegurarme que no viniera otro automóvil en ambas direcciones. También que la velocidad del taxi fuera lo suficientemente lenta para no romperme la cara y lo suficientemente rápida para dificultar que el taxista se detuviera y, qué sé yo, sacara el arma por la ventana y me atravesara a balazos como a un blanco de feria. La reacción de ese maniático era imprevisible.

Con todas esas cuestiones más o menos calculadas, esperé el momento más apropiado. Debía ser después del *columpio* de Vista Hermosa, al llegar al Campo Marte. Hay suficientes calles en el área para perderse.

Atravesábamos *el columpio*. Llevaba la espalda sudada, pero cuando me veía en el retrovisor veía un rostro tranquilo. El taxista también iba calmado, me había comportado como una rehén ejemplar hasta entonces.

El momento llegó, pasábamos al lado del Campo Marte. Militares sin camisa jugaban un partido de fútbol.

Fue instantáneo. Cerré los ojos, jalé la manija interior de la puerta y me lancé.

Bam. El impacto lo sufrí en el pómulo. Me estrellé contra la ventana, la puerta no había abierto.

—Hija de la gran puta —escuché—. Me lleva la verga.

La puerta de atrás tenía puesto el seguro de niños. Era imposible de abrir por dentro. Me llamé de muchas formas, sobre todo me llamé una imbécil. Fue como en los exámenes de Cálculo I de los repitentes. Un descuido, un detalle que a posteriori parecía obvio, nos dejaba rezagados.

—Acostate, culera —dijo el taxista. Le costaba hacer los cambios de velocidad porque con la misma mano empuñaba el arma.

Sacó un poncho negro que llevaba debajo del asiento del copiloto y me ordenó que me envolviera la cara.

Mi mamá me hacía repetir el Salmo 91 con ella cuando atravesaba alguna situación que la agobiaba. Por más de que me daba una hueva tremenda que rezáramos juntas, me lo sabía de memoria. Por fin le había llegado su momento, Peter.

Con la vista cubierta, rezaba sintiendo a lo largo de mi espalda el movimiento del taxi; mi cabeza pegaba un saltito cada vez que pasábamos por un túmulo, algún bache, y hasta cuando el taxista cambiaba de velocidad. De repente, quizá en la parada de un semáforo, sentí sus dedos en mi abdomen. Intentaba levantarme la blusa. Ahí comencé a patalear, a gritar y a putear. El taxista, sin decirme nada, me pegó un par de puñetazos en el estómago, retiró la mano y siguió conduciendo.

Los minutos fueron transcurriendo dentro de aquel horno oscuro. Pensé en el lugar común de ver la vida sucediéndose en un instante. Mi mente no logró reproducir la cinta. Tal vez porque mucho tampoco había vivido.

Pero aquel año aprendí alguna cosa en la carrera, Peter. No todo había sido juntarme con los compañeros para abrir litros de cerveza con los párpados en *El Reducto*. Durante una clase de Ingeniería Sanitaria, recuerdo que el profesor explicó el diseño de colectores de aguas pluviales y aguas residuales.

«Los tubos enterrados bajo las calles, que conducen respectivamente la lluvia y las heces, se diseñan por separado», dijo el profe. Pegó dos golpes con la tiza, sobre el diagrama de la urbanización que había trazado en el pizarrón. Dos filas de lotes separados por una calle; en medio, una línea recta representaba el drenaje principal.

Olguita levantó la mano. «¿Por qué ambos tipos de colectores se diseñan y se colocan por separado, ingeniero?».

«Porque la cantidad de agua de lluvia es mucho mayor que la de agua residual. Si las aguas negras se mezclan con el agua de lluvia, la contaminan. Luego, la cantidad a tratar en una planta de tratamiento se multiplica».

El ingeniero se paseó la mano por su impecable y gelatinoso peinado.

«¿O sea que en Guatemala las aguas negras y pluviales nunca se juntan en las redes de drenajes?», preguntó Hernández.

Ese ingeniero tenía una labia envidiable, pero la pregunta lo descolocó. No te voy a contar las pajas que le contestó a Hernández, sino lo que pensó de verdad, porque yo, te lo juro, lo leí todo en sus ojos.

En Guatemala siempre se juntan, Hernández. Una cosa son los libros y otra lo que los contratistas esconden bajo el asfalto. Una cosa la mecánica de fluidos y otra la práctica ingenieril cuando el alcalde municipal te concede el proyecto a cambio de una buena coima. En medio de las calles de esta ciudad que atrae todos los días a nuevos contribuyentes fecales, el único colector de cada calle (porque no son dos, Hernández) lleva la lluvia, las heces y los cuerpos que no lograron llegar a los periódicos. Todos juntitos. Algún día tuvimos las plantas de tratamiento más bonitas del mundo, como el lago de Amatitlán, ya en desuso. Pero, escuchame, Hernández, un día el suelo de la ciudad se va a rajar dividiéndola en dos partes, y la gigantesca grieta nos va a reclamar. Entonces nos vamos a hundir en la materia excrementicia que nosotros mismos desechamos mientras fingíamos que jalando la cadena de nuestros inodoros de porcelana todo desaparecería en una dimensión donde lo hediondo no tiene densidad.

—Vaciate los bolsillos y pásame tu mochila —dijo el taxista.

Me quitó los documentos, mis ahorros y todo lo que llevaba en mi bolsón. Hasta mis audífonos se hueveó. Luego empezó a leer todos mis datos en voz alta. La dirección de mi casa en el recibo de luz, los nombres de mis papás en el pasaporte.

—¿Cuántos años tenés?

—Diecisiete —le dije, mi voz distorsionada por el poncho que todavía me cubría el rostro—, ¿y usted?

—Cuarenta y nueve.

—Yo pensé que era más joven —dije, por los nervios, o por decir cualquier estupidez.

—¿Por qué me estás diciendo eso? ¿Acaso sos una puta?

Se vino otro puñetazo en el abdomen.

—No —contesté—, disculpe.

Creo que de algún modo me acostumbré a la tensión. Sentía que podía expresarme con algo de fluidez.

—Rápido, quitate el poncho de la cara y pasate al frente.

Me reencontré con su rostro de tortuga, maquillado por una barba canosa. Tenía puestos mis audífonos alrededor del cuello, parecían apretarle. Nos detuvimos frente a un retén policial.

Mirá, Peter, cada vez que cuento esta historia, me pasa lo mismo. Me voy disolviendo en recuerdos; mis palabras se van transformando en imágenes y sensaciones que se suceden unas a otras como ráfagas. Y cuando llego a este punto, tengo que interrumpirme porque sé que, en este momento, en alguna esquina de la Ciudad de Guatemala, en cualquier esquina, están apuñalando a alguien.

Escuchá la caída del cuerpo al suelo
escuchá los pasos del agresor alejándose
escuchá el murmullo del círculo que se ha formado en derredor de la manta blanca que cubre el costal de huesos

Por respeto a la víctima guardemos, por favor, cinco segundos de silencio.

(cinco)…

(cuatro)…

(tres)…

(dos)…

(uno)…

—Actuá normal o te va a llevar la verga. Quietecita y sentada, hijeputa —dijo el taxista.

Se bajó a hablar con los dos policías. Había dejado el arma bajo el sillón. ¿Y si era un arma falsa?, ¿Y si la agarro? ¿Y si grito para que los policías me ayuden?

Por el retrovisor, vi que revisaban juntos el baúl. No parecía que estuvieran hurgando en el contenido, más bien, como si contemplaran juntos un botín. Me quedé en mi lugar; confiaba más en el taxista que en la Policía Nacional Civil. Sentido común.

Cuando regresó y arrancó el carro, se veía contento, como si hubiera recibido la felicitación de sus jefes.

—Eso que hiciste —me dijo—, eso que hiciste estuvo muy bueno. Ya me di cuenta que sos una gallina criolla, patoja. Ya te digo que podríamos colaborar en el futuro, nadie sospecharía de ti y te llevarías una buena plata.

Me sentí halagada por la oferta laboral, pero la satisfacción duró poco cuando el taxista me recordó el encargo que me correspondía. Pasábamos frente al centro comercial de la zona 4.

—Hace un rato te quisiste tirar del carro como Gatúbela —dijo, y se carcajeó.

Yo también me reí. No era empleada, pero tenía que reírme de los chistes del jefe.

Hasta ese momento no había caído en cuenta que la radio había estado encendida todo el tiempo. Bajó el volumen y cambió el tono de voz a uno más sereno.

—Que se te quede el número, patoja.

Me mostró un mensaje en su celular. Eran las placas del auto, un Honda rojo que pasaría por mí en algunos minutos.

—Te subís, te vas con los muchachos y cuando te lleven al predio, le preguntás a los policías por don Carlos. Ellos van a saber de qué va el rollo. Les decís que llevás el paquete, lo entregás y misión cumplida.

Luego me interrogó para comprobar que me hubiera aprendido la lección.

—Una cosa —matizó—, yo respeté tu vida. Esos pisados no van a ser como yo. No intentés estupideces. No sos Gatúbela, por la gran puta, te quedás en el carro y obedecés, ¿entendiste?

Me pasó una caja de zapatos que había estado todo el tiempo a la vista. Habrá pesado unas cinco libras.

—Acordate que sé dónde vivís, tengo tus documentos y conozco la identidad de toda tu familia. Si ese paquete no llega a su destino, te voy a llegar a visitar.

En cinco minutos pasa el Honda rojo. Bajate aquí.

Nos detuvimos en la Avenida Reforma, el recorrido no había tenido ningún sentido.

Me colocó una mano en el hombro y cerró los ojos.

—Que mi niño Jesús te proteja y te guarde —dijo antes de hacerme la señal de la cruz con devoción de vieja senil.

De pronto, esperaba en la acera con la caja en las manos, temblando. El solo pensamiento de los nuevos muchachos con los que colaboraría me superaba.

Lo vi alejarse por el carril auxiliar de la avenida y desaparecer entre los demás automóviles

Justo en ese momento, un taxi paró frente a mí. El taxista me buscó la mirada para saber si necesitaba subirme. En seguida me subí. No podían tocarme dos taxistas delincuentes en un mismo día.

—¿A dónde, jefaza? —preguntó.

—Carretera a El Salvador —dije, de nuevo, por decir cualquier cosa. Tendría por lo menos una hora de camino para pensar cómo le explicaría que no tenía nada para pagarle.

Sentada junto al taxista, miraba el paquete. Necesitaba saber qué había adentro. Estuve unos quince minutos malabareando con la caja, tratando de despegar la cinta adhesiva sin hacer ruido. Me sentía sospechosa. El tráfico comenzaba a ebullir. Cada calle escupía un chorro a presión de vehículos que utilizaban todos los resquicios disponibles para hacerse un hueco en el camino, sin discriminar arriates, aceras o estaciones de gasolina. Los carriles de la avenida habían sido partidos por una espada interminable de motocicletas viajando sobre las despintadas líneas blancas de la calle, los motoristas se balanceaban para esquivar los retrovisores de los automóviles estancados.

Por fin pude despegar un trozo de la cinta. Abrí la tapadera doblándola hasta donde el adhesivo lo permitió. Acerqué el ojo hacia aquella oscuridad almacenada. Adentro había otra caja, también sellada. Comencé a ponerme nerviosa de nuevo. Tal vez me estarían buscando. Los compañeros del taxista lo habrían llamado para preguntar por mí. Nos movíamos a vuelta de rueda en el tráfico, llevar la caja me impulsaba a escapar de ahí.

—Señor —le dije al conductor.

—Dígame —contestó sin voltearme a ver.

—Fíjese que me asaltaron y no voy a poder pagarle el viaje. Pero le puedo hacer una transferencia mañana.

—Ala gran puta —dijo—, bájese de aquí ahorita mismo, señorita, o propóngame otra forma de pago, si sabe de lo que hablo.

Trabó el freno de mano a medio Boulevard Liberación.

Me bajé del taxi, estaba demasiado ansiosa como para sentir cualquier cosa. Cuando me fui caí en cuenta que había olvidado el paquete.

Corrí algunas cuadras hacia las calles más tranquilas. El primer local que juzgué adecuado para entrar fue una ferretería. La dueña, después de escuchar mi historia con mucho cuidado, me prestó el teléfono. A la media hora llegó mi mamá a recogerme.

Dentro del carro, se abrochó el cinturón y me pidió que hiciera lo mismo.

—Mi vida, lo único que me importa es que estás a salvo. Contame bien qué pasó —dijo, y colocó en el radio un disco de Stevie Wonder.

Conté la historia por segunda vez. A mi mamá siempre la ha caracterizado una tranquilidad que el resto de la familia interpreta como indolencia. Una vez más, no se inmutó en lo absoluto.

—Lo importante es que no te hicieron nada —insistió— son cosas que pasan en esta ciudad, nos guste o no. Pero tenés que acostumbrarte al miedo que vas a sentir en los próximos días, hasta que se te olvide. Es como parpadear.

—Mamá —le dije, las lágrimas salían a raudales—, tienen la dirección de la casa. Pueden llegar en cualquier momento. Tenemos que ir a poner una denuncia.

—No te preocupés por eso. Ni van a llegar, ni nos va a escuchar la policía. Solo vamos a perder el tiempo.

—Mamá —le dije tratando de escarbar algo de compasión—, perdí el paquete. Deben estarlo buscando.

—No has entendido —me dijo, como si se tratara de una sabiduría que yo nunca podría adquirir—. El taxista vio algo en vos que no lo convenció. No eras una víctima apropiada. Y no le pareció adecuado entregarte.

—Yo fui la que no me subí al segundo auto, mamá. Además ¿Qué tiene que ver eso con el paquete?

—Mi amor —me dijo—. El segundo auto no llegó porque el taxista no quiso. Nunca te habría soltado para que vos lo esperaras a voluntad. Así que se conformó con huevearte el dinero. Y, con respecto al paquete, mija, pues yo lo que creo es que vos eras el paquete.